

# Conversaciones Taurinas

Por **ENRIQUE GUARNER**

La práctica del sorteo en cualquier corrida de toros constituye una garantía contra los abusos que en el pasado cometían los ganaderos eligiendo a su libre albedrío el lugar que ocuparían sus astados para lucimiento de la divisa. Habitualmente soltaban para abrir plaza a un cornúpeto con una buena nota de tiente, y posteriormente, dejaban que se deslizara el festejo en orden decreciente, hasta que en quinto lugar, aparecía su mejor toro, aliviando así el aburrimiento del graderío. Fue de aquí que nació la frase *no hay quinto malo*, o la idea de que habría un burel que ocupara *el lugar de honor*.

Sin embargo, lo que comenzó siendo ventaja de los criadores se transformó en parcialidad de las figuras del toreo, quienes empezaron a construir carteles a su antojo para lidiar ganado escogido. Lo anterior provocó la reacción de Luis Mazzantini, que pidió un sorteo que evitara las ventajas que operaban hasta entonces. Este procedimiento se llevó a cabo por primera vez, el 15 de agosto de 1896, en San Sebastián, con una corrida de don Manuel García Puente que lidiaron Mazzantini y Rafael Guerra *Guerrita*. A partir de aquella fecha, se estableció el sorteo con el puesto que ocuparía cada toro en su salida al ruedo.

Para verificarlo en los mismos corrales de la plaza, se hacen lotes con los astados repartiéndolos en forma equitativa, de acuerdo a su peso, trapío, dimensiones de los cuernos. A esto se le llama *casar* y es una maniobra complicada, luego se apuntan los números en el papel que envuelve a los cigarrillos. Una vez que éste ha sido enrollado se mete entre dos sombreros, y el representante del torero extrae el que correspondió a su matador.

Curiosamente, un célebre torero mexicano y su apoderado *don Rafael Paz*, han decidido que se debe suspender el procedimiento, y en una corrida en la que *Elotito Catorrazo* daría la alternativa a César Castañuela, no se llevó a cabo la ceremonia, por lo que decidí que sería interesante para los lectores de *Novedades*, conocer las razones para que ya no haya sorteos, y esto fue lo que el diestro manifestó:

-Mire Usted, he decidido terminar con ese chacoteo pomposo que interfiere con mi estilo clásico de torear, el cual no va con los toros grandes y cornalones, por lo que se les *afeitan* los pitones, para que así surja mi forma ver-

tiginosa de ejecutar los pases, a los que como yo soy chaparrito, les van los animalitos diminutos que no tengan ningún peligro. El público paladea tanto mis faenas, que como Usted ya estará informado, siempre son premiadas con orejas, rabos, patas y estoy planeando que también se me den las criadillas que tan sabroso y rico cocina mi esposa. Pronto lo voy a invitar a Usted con su señora, para que vengan a comer una agujas norteñas.

Después de agradecer la amabilidad tan sintónica de *Elotito Catorrazo*, le cuestioné si no había una injusticia con los demás toreros al hacer desaparecer el sorteo que tiene más de un siglo de efectuarse, y me contestó:

-De ninguna manera, y yo creo que debemos quitarlo, igual que la democracia. Vea Usted lo bien que vamos con el PRI, donde el Presidente, o sea, el mero mero, con un *dedazo* escoge a sus toros... digo, perdón a sus candidatos, todos los cuales no sólo se benefician ellos mismos, sino que cada día progresa más el país en cuanto al aumento del hambre.

-¿Acaso, no se ha dado cuenta de lo mal que les va a los *gringos*? allí, el Presidente no escoge a sus vaquillas y tanto la Paula Jones como la Mónica Lewinsky, están para el rastro. Cada día nos damos cuenta del atraso en que allí vive la democracia, sin que haya una selección depurada de la sangre, y de los cabritos que se lidian...

Escuchando los argumentos de *Elotito Catorrazo*, quise saber si le habían afectado las críticas que le había lanzado el célebre torero Jorge de Juan Gladiador, y me respondió lo siguiente:

-De ninguna manera, porque aunque los dos seamos toreros clásicos, él está cosido a cornadas y es imposible que cumpla como yo 60 años en los ruedos. Creo que Jorge de Juan, es lo que se llama un *torero macho*, y en cambio yo pertenezco a la escuela de los *toreros canicas*, que se mueven sin cesar dando un molinete por aquí, un martinete allá, dos pases por la espalda, un par de catorrinas, una regiomontana, un abaniqueo interminable, unos frijoles borrachos, una machaca con huevo al estilo Guadalupe, y para terminar, unos tamalitos regiomontanos...

Estupefacto por las apreciaciones de *Elotito Catorrazo*, me despedí de él, agradeciendo su sinceridad, pero al retirarme recordé a uno de los Caracteres de La Bruyere, cuando dijo: *El fatuo es aquel a quien los necios suponen un hombre de talento*.